

REFORMA SIGLO XXI

PERSONAJES Y LUGARES DE MI PUEBLO. HISTORIAS DEL RÍO SABINAS: RAMÓN MIRELES

■ ■ Rubén Helio Mascareñas Valadez*

Era de Nuevo Laredo, un muchacho aventurero. Su cara reflejaba el abandono en que lo tenía su madre. Un rictus de sufrimiento marcaba su frente, pese a sus escasos quince o dieciséis años.

Contaba que una tía suya se había cambiado a Monterrey, dejando en su casa de Bellavista, al otro lado del río, muchas cosas de valor. Fuimos a la casa, cerrada completamente y abandonada. Puertas y ventanas habían sido remachadas con clavos. Le dimos varias vueltas y con mucho esfuerzo logramos desprender unas tablas haciendo un agujero, por donde logramos colarnos uno a uno.

Una castaña, que para nuestra imaginación contenía grandes riquezas, se encontraba debajo de la chimenea. Rápido la abrimos, para encontrar sólo vestidos viejos y algunas baratijas. Escarbamos en el piso de tierra, pero no encontramos nada. Era puro cuento lo de la tía rica, pero Ramón tenía habilidad para convencer y al fin lo acompañamos hasta Monterrey a buscar a su tía. Pero eso fue otro día.

Salimos de Sabinas a pie, por la carretera. Éramos seis o siete. Era difícil conseguir un raid para tantos, pero motivados por la posible recompensa, caminamos hasta la Acequia del Agua, unos quince kilómetros, no sin descansar a ratos del tremendo sol del verano y del calor reverberante de la carretera.

Al pasar el puente, cerca de los molinos se nos había unido Joel Granados, que vivía por el rumbo del río e iba a comprar mandado. Viendo que traía dinero lo convencimos de que se nos uniera y nos acompañó hasta Monterrey.

El plan era ver a los Sultanes y la Mala Torres en acción en el parque Cuauhtémoc. Jugaban contra los Indios de Anáhuac, que traían al legendario Chanquilón Díaz como center fielder.

¿Con qué dinero íbamos a pagar las entradas? Primero buscaríamos a la tía de Ramón, que vivía en la colonia Independencia, y con el dinero que le daría podríamos comprar los boletos para el béisbol.

Después de pasar la Acequia del Agua nos levantó un camión de redilas que nos dejó en las bodegas de PASA, la fábrica de galletas, en el barrio El Nacional. Desde ahí caminamos hasta la colonia Independencia y buscamos a la mentada tía de Ramón.



La muñeca

*Egresado de la Normal Pablo Livas, graduado en Psicología Educativa de la Escuela Normal Superior de México, titulado en Inglés y Francés en la Escuela Normal Superior Moisés Sáenz y Maestro en Pedagogía por la Escuela de Graduados de la misma institución.

Recorrimos la calle 2 de Abril hasta la colonia Nuevo Repueblo, con resultados infructuosos. Sin dinero y sin comer nada en lo que iba del día, nos encontramos a un señor con un carrito lleno de plátanos, manzanos, medio pasaditos y muy baratos. A duras penas conseguimos unos centavos y comimos unos plátanos muy maduros, casi podridos, pero muy dulces.

Empezaba a oscurecer y nosotros seguíamos sin dinero y muy lejos del parque de béisbol. Entonces nos dimos cuenta de que Joel traía lo del mandado y lo empezamos a acosar, con la promesa de que al llegar a Sabinas se lo pagaríamos.

Nos hizo el favor y tomamos un camión de la ruta que llegaba hasta la Cervecería. Todos apretujados nos acomodamos parados entre obreros, estudiantes y algunas mujeres de la vida galante que iban al talón. Llegamos al parque y después de mil ruegos fuimos entrando por la puerta de las gradas que quedaban detrás de la barda.

Entramos uno a uno diciendo: “El de atrás paga, el de atrás paga”, hasta que Joel, que venía al final de la cola no tuvo más remedio que apachugar y pagar un peso por cada uno.

Al terminar el partido volvimos a enfrentar la realidad de que estábamos lejos de casa y era cerca de la medianoche. A buscar raid otra vez.

Caminamos por la avenida Cuauhtémoc hasta la colonia Anáhuac. Llegamos a la gasolinera donde un sabinense que ahí trabajaba nos corrió inmediatamente.

Ramón logró conchavarse a un chofer de camión y se regresó a Sabinas, solo. Nos quedamos los demás, asustados. Creo que fue la primera vez que nos sentíamos abandonados, lejos de casa y sin dinero. Volvimos a caminar en medio de la noche, siguiendo la carretera. El cansancio nos vencía por momentos y nos hacía caer peligrosamente a un lado del asfalto, donde fácilmente un auto que no nos viera podría habernos atropellado. Más de una vez Manuel Carrillo me despertó cuando, caído sobre la carretera, lo que quería era sólo descansar. —Es que estoy muy cansado— le dije. —¿Nomás tú? —me respondió.

Por fin llegamos hasta la Caseta Pesadora, que distaba unos quince kilómetros de Monterrey y donde había unos grandes álamos a cuyo lado nos tiramos entre la hierba, completamente rendidos.

Dormimos a pierna suelta, sin importarnos los zancudos o las hormigas que pululaban entre el zacate. Despertamos con los rayos del sol a eso de las siete y media de la mañana. Como sabíamos que de Sabinas venía el autobús Colorado y llegaba más o menos a esa hora a Monterrey, pues salía a las seis de la mañana, tratábamos de ocultarnos, porque teníamos miedo o vergüenza de que nos reconocieran.

En eso vimos un coche amarillo, muy conocido, un Chevrolet cabriolé '37 de Mario Ruiz, en el que venían Jorge mi hermano y otros amigos. Esperamos ahí el autobús de Transportes del Norte que salía de Monterrey a las diez y llegaba a Sabinas a las doce. No podían creer todo lo que les contábamos que habíamos pasado, estábamos completamente ajenos a las preocupaciones que causamos con nuestra ausencia, pues nos habíamos venido sin avisar a nadie. Al fin, entre Jorge y sus amigos completaron el pasaje de mis compañeros y yo me regresé con él a Monterrey, a ver de nuevo el béisbol.

No recuerdo que hayamos pagado la deuda que contrajimos con Joel, que debe haber sufrido tremenda regañada.



Autorretrato